



Pedro J. Lavado

Accesibilidad del visitante al museo

Proceedings of the ICOMON meetings held in Madrid, Spain, 1999.

[Madrid]: Museo Casa de la Moneda, [2001]
543 p. (Multilingual) pp.262-265

Downloaded from: www.icomon.org

Accesibilidad del visitante al museo

Pedro J. Lavado

Instituto del Patrimonio Histórico Español,
Ministerio De Educación Y Cultura, Madrid, España

Es evidente que todos conocemos el valor y sentido del dinero. Más, en este Congreso Internacional que ha reunido a los mejores expertos museológicos sobre el tema. Pero permítanme, que como conservador de museos y experto en educación y acción cultural, más que en temas de dinero, les ofrezca unas reflexiones y someta a su consideración y discusión lo que pienso al respecto de los Museos Bancarios y Monetarios.

- Repito que todos sabemos algo del dinero.
- Sabemos gastarlo y lo que nos cuesta adquirirlo con más o menos esfuerzo.
- Sabemos cómo invertir el dinero, comprar, repartir.
- Sabemos que el dinero sirve para hacemos con objetos, amigos y voluntades. Sabemos incluso gastar y malgastar el dinero.
- Usamos el dinero para comprar, vender, regalar e incluso quemar.
- Sí, me han oído, quemar!

Alguien incluso estará a punto de decirme que quemar el dinero está prohibido por todos los gobiernos. Éste no es un gesto de nuevo rico, ya que muchos miles, me atrevería a decir que millones de personas queman el dinero.

Es cierto que los chinos queman el dinero como homenaje a sus antepasados muertos, y como culto a sus dioses. El dinero que les he repartido es el sucedáneo que utilizan los chinos, en este caso la comunidad de Singapur, para quemar tras el fallecimiento de alguno de sus deudos. De la misma forma que los billetes o papeles con pan de oro van a parar a las hogueras y hornos con que los budistas hacen ofrenda en sus templos.

Ciertamente unos queman el dinero como un acto más de su vida y muerte y dentro de un ritual antropológico, mientras que la gran mayoría quemamos el dinero sin tantos aspavientos. La verdad es que quemamos y malgastamos muchos medios y en este caso, como de lo que aquí tratamos es de Museos del Dinero, quemamos mucho dinero en muy malas inversiones en nuestros museos.

Se hacía evidente que con un título sobre la accesibilidad de los visitantes al museo iba a llevarles a reflexionar tan sólo sobre las condiciones de accesibilidad y las barreras que existen en nuestros museos, queriendo quizás obtener como premio a mi charla una cierta comprensión, un toque de conciencia o como mucho el compromiso de que en sus museos no

volvieran a darse casos de inaccesibilidad y se eliminaran todas las barreras arquitectónicas.

Lo siento, pero he de ir a más. No puedo conformarme con una limosna, por parte de Vds, que tienen en sus museos los mejores y más nutridos ejemplos que produce nuestra economía.

Me sería muy fácil mostrarles ejemplos e imágenes de lo que no debe suceder en un Museo en cuanto a accesibilidad y lograr su promesa de cambio de escaleras en rampas, aseos y servicios accesibles, espacios de aparcamiento para discapacitados, ascensores o plataformas rodantes o la inclusión de otros lenguajes y de guías y voluntarios que atendieran a personas con alguna discapacidad sensorial.

Pertenezco a una generación de museólogos que concebimos el museo como un ente socio-cultural, un lugar que no sólo conserva objetos y su historia, sino que atiende a las personas y que en función de ellas expone sus obras y configura sus actividades. La accesibilidad es evidentemente el primer grito de combate, pero junto a ella se encuentran otras demandas ante las que no estamos dispuestos a ceder, ya que son demandas de toda nuestra sociedad.

La comunicabilidad es la segunda de las necesidades, ya que de nada sirve que permitamos el acceso libre e independiente de las personas a los Museos, si su comunicación con las piezas y objetos allí exhibidos no cuenta con las suficientes vías de comunicación y con unas elementales ofertas en las que textos, rótulos, medios audiovisuales o informáticos se adapten a sus visitantes. Y no me refiero sólo a los discapacitados, personas de tercera edad, escolares o estudiantes y a todos los niveles sociales y culturales, sino con unas suficientes pautas de inteligibilidad y comprensibilidad y con alguna posible vía de respuesta por parte del visitante.

En el museo accesible, comunicativo e inteligible han de tener cabida todos. Se trata de **«un Museo para todos y de todos»**.

¿En qué manera puede el Museo dar cabida a elementos tan diferentes y contradictorios de nuestra sociedad? Pues dentro de un proceso integrador en el que la cultura y la educación no sean elementos distintivos y propios de una determinada clase social o de un grupo étnico, sino parte de ese proceso integrador que a todos nos atañe.

Nuestra sociedad, cada vez más caracterizada por la pluralidad, cuenta entre sus miembros a gentes venidas de diferentes países con costumbres y formas de vida diferentes y con conceptos de vida distintos, de la misma forma que fenómenos de igualdad y equiparación toman su puesto en situaciones en las que hasta ahora se había discriminado a la mujer, se

olvidaban a las llamadas minorías étnicas o se discriminaba a personas por su credo, pensamiento, formas de vida o su pasado, considerado delictivo. Accesibilidad, comunicabilidad, inteligibilidad e integración forman los pilares de nuestra sociedad y por ello no pueden estar lejos de nuestras concepciones museológicas y museográficas. Pero, ¿hasta qué punto esto tiene algo que ver con un Museo del Dinero, de los Bancos o de la Numismática?

Trataremos de dar una respuesta a ello y demostrar no sólo el papel que juega en dichos museos una concepción socio-cultural, sino que de otra manera no estamos más que «quemando el dinero». Y eso en un Museo cuyo fin es guardar y conservar tales especímenes y ser testigo de su papel histórico y socio-económico no puede darse, ni permitirse en modo alguno.

Nos hallamos a punto de comenzar un nuevo milenio y en el que confluyen nuevas perspectivas socio-políticas y económicas en Europa. Un camino común en el que el hecho más relevante es una nueva moneda única. En el que hay que esperar que no se continúe con las equivocaciones anteriores y se abra un compás de espera y desarrollo que propicien una nueva visión europea más universal.

Si por un momento nos llevamos la mano al bolsillo y nos preguntamos extrayendo alguno de los billetes o monedas en curso de nuestro país, sobre cuántos de aquellos contemplan una preocupación por todos los ciudadanos. Es decir que son distinguibles por el tacto, tanto por los que no ven o ven poco, sus números o letras son comprensibles y sus colores son diferenciables claramente. Otro tanto pudiera decirse de las monedas en cuanto a su tamaño y características, que a menudo dejan mucho que desear en lo que respecta a reconocimiento y uso.

Pero ello no es lo único. Estrenamos nuevos billetes y monedas. ¿Alguien se ha parado a pensar en la proporción que existe de imágenes masculinas o femeninas?, ¿quién ha pensado en la incorporación no sólo de los seculares símbolos históricos y políticos, sino de otros que nos unen más y que tratan de alejar la discriminación, el racismo o la violencia como lacras de nuestra sociedad? ¿Existe acaso una conciencia de integración, por encima de nacionalismos, partidismos y otras diferencias?

No creo que ninguno de Vdes. piense que basta con exhibir monedas y billetes del pasado, recordar de vez en cuando a algún artista o grabador famoso, salvaguardar esa maquinaria antigua u obsoleta y propiciar una línea de exposiciones según el gusto del momento.

Perdónenme que actúe de Pepito Grillo, o como conciencia de un museo incardinado en lo sociocultural. Les creo más sensibles a participar y ser partícipes en ese quehacer de cada día en el que no sólo basta invertir

unas migajas en hacer algo más accesible, comprensible, comunicativo e integrador su museo, sino en el que tanto sus objetos, como sus contenidos y líneas expositivas tienen como meta reflexionar sobre todo lo que nos dice el Dinero y cuanto interviene en su producción y uso, sino todas las enseñanzas y reflexiones que de ahí podemos extraer para mejorar y dar un mejor servicio a nuestra sociedad.

Al igual que podríamos decir que no hay museos totalmente imposibles y en los que no se pueda transformar su edificio al menos en visitable o usable, cuando no franqueable totalmente, también hay que tener en cuenta que lo exhibido y conservado allí pueden contar con una cierta accesibilidad y, al menos, con la voluntad de eliminación de barreras reales constructivas. El mero hecho de anteponer una voluntad a ello y contar con una mínima coherencia y racionalidad por parte de técnicos, diseñadores y arquitectos puede hacer maravillas.

Más difícil y complejo quizás sea crear una toma de conciencia de tales demandas y trabajar en el campo de formación, no sólo de los técnicos, sino en el de la sensibilización y motivación de todas las personas y de los usuarios en su más tierna edad. Algunos Museos de Niños han emprendido hace tiempo una labor de concienciación de la discapacidad y de sus formas de abordarla sin crear aislamiento y marginación, del mismo modo que con cursos de formación, sensibilización del voluntariado y la búsqueda de soluciones y vías alternativas en la circulación y visita de museos mucho se puede hacer.

La comunicación con la que transmitimos el fin del museo y hacemos llegar al visitante los objetivos, contenidos y propuestas activas de disfrute, aprendizaje y protección se encuentran sobre la base de empleo de unos formatos, tipos y diseños utilizados en la exposición y combinados con un estudio de luces y medidas ambientales.

Más todo ello, no son más que pasos en la reflexión final por la que podemos esperar que los Museos del Dinero y de los Documentos bancarios sean a su vez un ejemplo para poder conseguir una sociedad más equilibrada, accesible, comunicativa e integradora y en la que *«no quememos el dinero»*.